

Quien abandona las útiles y provechosas ocupaciones, pronto cae en una ociosidad pecaminosa.

El hombre resignado debe despreocuparse de las frivolidades y pensamientos de las cosas criadas, e imprimir en su corazón la imagen de Jesucristo para transformarse en su Divinidad.

El que muere a sí y vive la vida de Jesús, lleva a bien todas las molestias y todos los defectos del prójimo, y sólo ambiciona que todas las cosas del cielo y de la tierra sigan su curso según el orden natural y divino.

El hombre recogido en su interior a la luz de la divina Verdad, desecha fácilmente sus propios defectos. Conoce sus afectos desordenados a las criaturas y los obstáculos que se oponen a su perfección. Cuando Dios le reprende en su interior, se humilla con docilidad y reconoce que todavía no está libre ni de las criaturas ni de sí, y que no se ha renunciado y aniquilado en Dios.

CAPITULO V

De la perseverancia en el abandono en Dios

Si me preguntas qué es lo que debe proponerse un alma resignada en el Señor, te diré que renunciarse y morir a sí, resignarse siempre y en todas las cosas, aunque todo el mundo la olvide y la abandone. Su querer estará en todo momento conforme con la voluntad de Dios y no prefiere ni se preocupa más de las cosas necesarias que de las que no lo son.

Más que los pensamientos, impide la unión con Dios el amor propio.

Cuando el hombre quiere reconcentrarse en su inte-

rior y unirse a la Verdad, empezará por elevarse sobre todo lo sensible para transformarse en Dios, y examinará si hay algún obstáculo interpuesto entre su conciencia y Dios. Si procura no buscarse a sí mismo en nada, disfrutará de la divina Esencia en los resplandores de su unión con ella, y todo lo olvidará por ella. Cuanto más se separe de sí y de las criaturas, más se unirá a Dios y gozará de una felicidad más perfecta.

Si quieres renunciarte verdaderamente en Dios, abandona todo cuanto te pertenece, sal de ti para esconderte y abismarte en Dios. Vive siempre fiel al Señor y sumisa a su voluntad cualquiera que sea el trato que recibieras de Dios: de prosperidad o de tribulación por sí o por medio de las criaturas.

Cierra tus sentidos a todo pensamiento y afecto que se refiera a las criaturas, vive desligada y libre de cuanto suele preferir la razón influida por el amor propio, por la propia voluntad, por la sensualidad o por el placer. No ocupe tu corazón nada que no sea Dios.

Cuando los demás yerran y obran mal, no te metas con ellos ni te ocupes de sus faltas.

El que vive siempre consigo mismo llega a adquirir gran vigor contra toda ilusión y sugestión del enemigo.

Nunca cambies de ocupación por dar descanso a tu cuerpo: en esto has de estar siempre indiferente, y atento sólo a cumplir con tu obligación.

Las criaturas te serán cada vez menos molestas a medida que te renuncies a ti y te apartes de ellas.

Yo tenía un amigo que no estaba del todo abandonado en Dios, el cual, agobiado una vez por muchos dolores, oyó una voz que le decía: «Quiero que te dediques a mí con mucho cuidado, que te desprecies y que tengas bien entendido que me uniré a ti cuando no hagas caso alguno de las cosas que te sucedan».

Cuando el alma así resignada se recoge en su interior,

se encuentra más desconsolada y más abandonada; pero al mismo tiempo tiene más facilidad para morir a sí misma y para salir airosa y triunfante de todos sus dolores.

Si derramas tus sentidos en las cosas exteriores llegarás hasta a temer la vida recogida y el fervor del espíritu. Por esto no busques nunca los asuntos o las ocupaciones que puedan distraerte, y cuando no puedas menos de aceptarlas, abandónalas lo más pronto que te sea posible y vuelve a tu recogimiento; porque éste con poco se disipa si no cuidamos de volver en seguida al retiro de nuestro corazón.

El que se renuncia y muere a sí, empieza a vivir una vida celestial y sobrenatural. Con todo, aún hay quien vuelve a apartarse de Dios y no persevera en su santa unión.

Ama la renuncia perfecta de ti, abrázala, practícala sin permitirte la satisfacción de uno solo de tus deseos, que mal reprimidos te impedirán siempre la unión con el Señor y serán un obstáculo oculto para que te renuncies de verdad.

El alma resignada es tan libre que no se cuida de sí, porque vive en Dios, en el cual todo está santamente ordenado. Se olvida completamente de sí para no pensar más que en El.

La conversión de un alma que se renuncia a sí es más agradable a Dios que la perseverancia en el bien de otra alma que no se despega totalmente de sí misma.

Retira, pues, tu alma de los sentidos exteriores y reconcéntrala dentro de tí. Te lo repito y te lo repetiré cien veces: recógete en ti misma y en la unidad divina para que así puedas gozar de Dios.

Persevera con valentía en la renuncia que de ti has hecho y no descanses hasta llegar a conseguir, en cuanto lo permita la fragilidad humana, la unión de los Santos que es siempre actual, eterna y divina.

CAPITULO VI

Las alegrías del alma que medita en Dios

Son verdaderamente graves las cuestiones que ahora me propones al preguntarme qué es Dios, en dónde está y cómo es uno y triple.

Dios es un ser infinito que sobrepuja a todos los seres, a todo entendimiento, a toda criatura. No sabré yo explicarte lo que tú tampoco serás capaz de comprender, pero te responderé aunque sea de una manera muy imperfecta y muy indigna de la majestad de Dios. He aquí lo que tengo que decirte en pocas palabras:

Examinando el orden que reina en la naturaleza, la armonía de las causas segundas, el curso y encadenamiento de todas las cosas, los filósofos han llegado a afirmar que necesariamente tiene que existir un principio, un Señor de todo el universo, a quien llamamos Dios. Y este Dios es una substancia inmortal, eterna, que no depende de ninguna otra, sin cambio, sin cuerpo, un espíritu puro cuya esencia es vida y operación, una inteligencia activa que en sí y por sí conoce y penetra todas las cosas, una esencia divina que cifra en sí misma todas sus delicias, una bienaventuranza sobrenatural y perfecta que es en sí toda la felicidad y la comunica a todos los bienaventurados que la contemplan.

Aprende a conocer a Dios por el admirable espectáculo del universo. Contempla la inmensidad de los cielos, la hermosura y movimientos de las estrellas y planetas, cuya magnitud excede a la de la tierra, si se exceptúa la luna. Mira los resplandores del sol y su hermosa fecundidad; cómo hace brotar las flores, las hierbas y toda clase de plantas. Admira la infinita variedad de los animales, los

peces, los pájaros, las fieras de los bosques, y, por fin, al hombre.

Cuando hayas admirado toda esta grandeza, hermosura y variedad del universo, dí en tu corazón: «Si este Dios omnipotente es tan amable y tan bueno en las criaturas, ¿cuán bueno y cuan amable no será en sí mismo?» Luego únete a todas las criaturas que constantemente están bendiciendo y alabando la inmensidad divina que en ellas resplandece, admira con amor su providencia soberana que conserva, sostiene y gobierna a todos los seres, grandes y pequeños, ricos y pobres, alábale con la alegría en el rostro, con alegría en el corazón, adórale, abrázale en el fondo de tu alma y dale gracias como a Señor único que es de todas las criaturas. Así encontrarás a ese Dios que tú buscas.

De esta contemplación nacerá en tu corazón una alegría íntima, profunda, que te proporcionará dulcedumbres inefables. Para animarte, voy a contarte un secreto de mi alma que nunca he revelado a nadie.

Yo he gozado de estas dulzuras por espacio de más de diez años, que me han parecido una hora. Mi corazón estaba tan feliz y satisfecho que no podía hablar una sola palabra. Estaba absorto en Dios y en la Eterna Sabiduría. Sostenía con mi criador diálogos dulcísimos en los cuales hablaba solamente mi espíritu; yo gemía, suspiraba, lloraba, reía. Parecía que estaba elevado a las alturas del espacio, entre el tiempo y la eternidad, y que nadaba en un océano de verdades admirables y divinas.

El corazón me saltaba del pecho de puro contento, y me llevaba a él las manos para contenerlo, diciéndole: «¡Corazón mío! ¡iqué estremecimientos de alegría más grandes!» Y en cierta ocasión de estas vi en espíritu que el corazón del padre celestial se juntaba con el mío de una manera que no sé decir... y dije en aquel arrebatado de placer: «¡Amadísimo de mi alma, mi único amor! abraza a tu

misma divinidad con un abrazo de corazones ¡Dios mío!, amabilísimo sobre todo que es amable; el que ama a otro siempre permanece distinto de él, pero Tú, dulzura infinita del amor verdadero, Tú derramas un perfume delicioso sobre el corazón de los que te aman. Tú penetras hasta la esencia de su alma y ya no estás fuera de ellos, los abrazas divinamente y quedas unido a ellos en las ligaduras de un amor infinito.

Te advierto que esta alegría del corazón no es el estado último y definitivo del alma es sólo un reclamo, un llamamiento a una unión más elevada, a un abandono más perfecto en el océano de la Divinidad, y para conseguirlo es preciso pasar del *arrebato o éxtasis* habitual al esencial.

El éxtasis esencial consiste en que el hombre afirmado en la virtud y en la perfección, goce del Bien amado que es Dios, siempre y en todo momento, como el sol en todo momento conserva su calor y sus esplendores.

El éxtasis habitual es el de las almas cuya virtud imperfecta e inestable sufre cambios y mudanzas, como los recibe la luz de la luna. Estas almas se extravían algunas veces con las alegrías que les concede la gracia del Señor, porque son avaros de estos favores y quisieran disfrutarlos siempre. Cuando sienten los consuelos divinos, se alegran; cuando el Señor les priva de ellos, se lamentan; y cuando El las colma de dulzuras interiores, sólo a disgusto y como a la fuerza se consagran a otros trabajos y ejercicios, por más que se los exija la voluntad de Dios, la caridad o el cumplimiento de sus deberes.

Me acuerdo que en cierta ocasión me negué a confesar a un pobre desgraciado que me pedía este favor. Aún no había terminado mi respuesta al portero que me daba el recado: «Dile que vaya a otro confesor, que yo no estoy disponible», cuando repentinamente me vi privado de la felicidad de la gracia divina de cuya contemplación goza-

ba y sentí mi corazón endurecido como una peña. Me quedé asustado y pedí al Señor me diese a conocer aquel caso tan raro, y El me respondió en mi interior: «Lo mismo que tú abandonas a ese pobre desgraciado y lo despidas sin darle ningún consuelo, así te abandono yo a ti y te quito las dulzuras de mi gracia y la satisfacción de mis consuelos». Entonces empecé a llorar y darme golpes de pecho y fui corriendo hacia la puerta en busca de la persona a quien de tal manera había despedido.

Luego que lo confesé y consolé como pude, volví al retiro y meditaciones de mi celda, y el Señor, que es la misma Bondad, tuvo a bien de devolverme aquella alegría que había perdido por falta de bondad y excesivo apego a mí mismo.

Es cierto que para llegar a disfrutar de estas alegrías hay que pasar antes muchos calvarios pero éstos terminan siempre cuando Dios quiere; mas aquellas quedan siempre muy profundas e inalterables.

CAPITULO VII

De la inmensidad de Dios

Deseas saber dónde está Dios. Pues mira: Dios no está en ningún lugar determinado, porque está en todas partes y en todas las cosas, y todo en cada una de ellas. Así se dice que El es el ser primero por esencia.

Dedica tu atención al conocimiento de esta esencia divina, purísima, simplicísima, exenta de toda forma o apariencia extrínseca y de todo accidente, sin mezcla de su ser, y primera fuente y origen de todo ser. Después, repara en tal o cual cosa esta o aquella substancia, en todas

estas naturalezas particulares que nos rodean, que pueden ser separadas, por nuestro entendimiento al menos, de sus accidentes; fíjate en todos estos seres que pueden recibir una forma extrínseca accidental y que, por lo tanto, no son simples, sino compuestos. Y de aquí comprenderás que la substancia divina en sí misma es purísima, que está en todas las cosas particulares, y que a todas las conserva con su presencia.

No me explico cómo somos tan insensatos que podamos olvidar esta presencia de Dios en todas las criaturas. Tan grande es la miseria y ceguedad del hombre que no puede sentir ni comprender la esencia divina, y eso que sin ella no podemos existir, ni entender, ni obrar.

Cuando con los ojos del cuerpo vemos cosas de distintos colores, no vemos la luz por medio de la cual percibimos todo lo demás. Lo mismo nos sucede con los ojos del espíritu: cuando nos ponemos a estudiar las substancias particulares, lo que no comprendemos ni observamos es precisamente la esencia divina que está en toda criatura, sobre toda criatura, que a todos les da el ser, la acción y el conocimiento del bien. Y esto no es de extrañar; porque las substancias particulares distraen y ciegan nuestro espíritu, el cual no puede penetrar en esta divina obscuridad donde se encuentra la luz misma.

Anímate, pues: que la vista interior de tu alma llegue a la esencia infinita de Dios, y contemple su simplicidad y su pureza. Verás como no depende de ningún otro principio, que nada hay antes de ella ni después de ella, que no admite accidente ni mudanza alguna, sino que es una substancia simplicísima, actual, presente, perfecta, en la cual no es posible descubrir ningún defecto, ni accidente, ni alteración; que es absolutamente única y perfectamente simplicísima.

Todo esto es tan cierto que las inteligencias ilustradas, fuera de ella, no pueden ver más que deducciones, efec-

tos; toda vez que siendo la esencia simple, necesariamente tiene que ser la primera, independiente, eterna, siempre presente, siempre perfecta, sin que pueda sufrir aumento ni disminución.

Si llegas a entender algo de lo que te digo, te verás introducida en la luz incomprensible de esta Verdad divina y oculta, conocerás esta fuente y principio del ser, ser purísimo y simplicísimo, causa primera y eficaz de todas las causas criadas, que en virtud de su presencia es el principio y el fin de todo lo que ha habido, hay y habrá en el mundo. El es todo, y fuera de El no hay nada, porque Dios es a la manera de un círculo cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia y límites en ninguna parte.

CAPITULO VIII

De la Santísima Trinidad

Medita ahora en el misterio de la Santísima Trinidad.

Cuanto más simple en sí es una esencia, es tanto más poderosa y divina en la eficacia de sus energías y de sus actos. Así, a Dios que es el Bien soberano, su propia Bondad infinita le obliga a no encerrarse en su propia felicidad y se comunica dentro y fuera de sí mismo. Y como es el Bien supremo, presente, íntimo, substancial, independiente, infinito y perfecto, necesariamente ha de comunicarse de un modo más excelente y completo dentro de sí mismo.

Las criaturas pueden comunicarse por partes, pero no substancial ni esencialmente, porque todas sin substancias particulares, divisibles y finitas. Pero Dios, que so-

brepuja sin comparación a todas las comunicaciones de las cosas criadas, se comunica esencialmente, de modo que, a su infinita e íntima comunicación, corresponde su misma substancia comunicada con distinción de personas.

Contempla, pues, la bondad infinita de este soberano Bien, el cual, por su esencia, es el principio natural de su inteligencia y de su amor y así conocerás la generación sublime de las personas divinas en Dios y adorarás a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Pero puesto caso que esta comunicación proviene de la suprema bondad de Dios, es preciso que en la Santísima Trinidad sea íntima, consubstancial, con igualdad e identidad de esencia, y que en esta dichosa e íntima comunicación las personas divinas tengan la misma substancia, indivisible, inseparable, en las perfecciones y en su poder.

El Padre es en la Divinidad el principio del Hijo y del Espíritu Santo. Se comunica al Verbo inefable que es el Hijo del Padre Eterno. Y como se comunica con todo el ardor y fuerza de su voluntad, el Hijo vuelve al padre con la misma caridad. El Padre ama al Hijo, el Hijo ama al Padre; y este amor recíproco es el Espíritu Santo. Así hablan San Agustín y San Dionisio acerca de la Santísima Trinidad.

Nuestro angélico Doctor Sto. Tomás, dice que en esta encarnación del Verbo del corazón del Padre, es necesario que Dios Padre vea con su inteligencia y comprenda su ser y su esencia divina. De otro modo, el Verbo que El concibe no sería Dios, sino criatura; lo cual no puede ser. Pero como se comprende a sí mismo, el Verbo es Dios de Dios, y la contemplación de la divina esencia por la inteligencia del Padre implica una igualdad positiva de la esencia natural, de lo contrario el Verbo no sería Hijo del Padre. De este modo resultan en Dios la unidad de esencia y la trinidad de personas.

Dios padre, conociéndose a sí por la inteligencia, se expresa a sí mismo y su Verbo expresado es el hijo del Padre. Y como el Padre al conocer su esencia perfecta tiene un amor infinito a sí mismo y a su Hijo, el Hijo ama con el mismo amor al Padre, y este amor recíproco e infinito es el Espíritu Santo, distinto personalmente del Padre y del Hijo, pero uno en esencia, un solo Dios con el padre y con el Hijo.

La primera de estas comunicaciones, como proviene de la inteligencia y de la naturaleza, se llama generación. La segunda, que proviene de la voluntad y del amor, se llama *procesión*. Y así, el Espíritu Santo, que procede de una efusión de amor del Padre y del Hijo, abismo infinito e imagen perfecta, no se puede decir que es engendrado, sino que procede. Es un amor intelectual y espiritual que reside en la voluntad, así como un afecto, como una atracción divina. Es el lazo de amor que une al que ama con el que es amado. Por esto la emanación de la voluntad divina pertenece a la tercera Persona, que es Caridad, y se llama Espíritu Santo. En él son transformados los que aman a Dios y los que son atraídos hacia su luz de ese modo tan vivo, tan profundo, tan singular que no puede comprenderlo ni conocerlo sino el que lo ha probado.

Llégate a este Dios trino y uno, el Primero, el Altísimo, el Omnipotente. Pero llégate sin mancha, sin interés, con un amor puro, porque es un Dios terrible para los pecadores; es un Dios liberal, pero poderosísimo y majestuoso para los que le sirven por la esperanza de recompensa; es un amigo tierno y cariñoso, un hermano, un esposo, para aquellos que rehúyen todo amor servil y le aman con amor muy puro.

Para unírte a El, deberás preparar tu espíritu y tu cuerpo. Renunciarás a la carne, a la sensualidad, a los apetitos de tu naturaleza. Atenderás solamente al espíri-

tu, someterás a él tus sentidos y obrarás siempre en recogimiento y oración. Sólo así podrás llegar al Espíritu superior, que es Dios, y unirte a El.

Entonces sentirás que este Espíritu divino te inspira, te llama, te invita, te atrae y te ilumina para conocer su incomprensibilidad.

Cuando veas que no puedes llegar a El, despójate de ti misma, valiéndote del conocimiento de tu incapacidad y de tu debilidad; resígnate del todo, abandónate de todo corazón en Dios, envuélvete en El; olvídate de ti misma; piérdete a ti misma completamente, no en la esencia de tu espíritu, sino en tu sensualidad y en el propio uso y propia voluntad de tu cuerpo y de tu alma.

Y cuando así te hayas elevado y abismado en la esencia Divina, te encontrarás unida y transformada en un mismo espíritu con Dios, y dirás con San Pablo: *Vivo yo, pero no yo; sino que es Jesucristo el que vive en mí.*

CAPITULO IX

El último grado de unión con Dios

El alma que imitando a Jesucristo se encuentra con él muriendo en la Cruz, también podrá encontrar con El en los abismos de su Divinidad. El mismo lo ha prometido: *Donde yo estoy, allí estará también mi servidor.* El primer encuentro es duro y penoso, pero el segundo está lleno de dulzuras y de felicidad. En él pierde el espíritu su propia actividad y llega a desaparecer en el océano de la esencia divina, en la que está únicamente su felicidad y toda su ventura. No hay que olvidar que la esencia divina en su unidad es el origen de la emanación íntima de las Perso-

nas, que no están separadas en la Divinidad, sino formando su unidad esencial: su naturaleza, su substancia.

De este modo la Trinidad de Personas está en la unidad de naturaleza, y la unidad de naturaleza en la Trinidad de Personas. Y como las Personas divinas se comprenden y abrazan por la unidad y la substancia natural, cada una de las tres Personas es Dios. He aquí, pues, que la Trinidad es una sola esencia en la unidad de la naturaleza divina, y todo proviene de la unidad. Este es el misterio inefable, incomprensible en su infinita profundidad y en su infinita simplicidad.

En esta esencia divina en la cual las tres Personas son una sola naturaleza sin diversidad, se encuentran también todas las criaturas según su ideal eterno en su forma esencial, no en su forma accidental. Son Dios en Dios. La creación temporal es la que les da su naturaleza particular y las distingue de Dios.

El espíritu de los hombres perfectos puede elevarse a este abismo de la Divinidad y a este océano de lo inteligible; y puede también sumergirse en él y nadar en las insondables profundidades de la esencia divina, y allí, libre de todos los pensamientos y preocupaciones vulgares, permanecer inmóvil en los secretos de la Divinidad. Entonces es cuando se despoja el hombre de la obscuridad de su luz natural, y se reviste de una luz superior. Dios lo atrae a la simplicidad de su unidad, en la cual se pierde a sí mismo para transformarse en Dios, y esto no por naturaleza sino por gracia. Así, puesto en este mar infinito de luz que le rodea, disfruta de una gran soledad y silencio, que es la perfecta paz y felicidad. Es la mayor perfección a que puede llegar el espíritu del hombre.

San Dionisio Areopagita llama a este estado *altura desconocida y luminosa, tinieblas profundas de un resplandor que ofusca, rayo de la obscuridad divina*; todo porque el alma se une a la esencia divina, sumergida en

aquel océano de luz, la ve, la contempla y la posee; y en este éxtasis descubre lo mucho que lo infinito sobrepuja a las luces de su razón, lo mucho que hay en Dios, desconocido a todas las inteligencias. Y con todo, el alma, feliz a través de las tinieblas y de la obscuridad, goza de una luz que le manifiesta la inmensidad y la incomprensibilidad de Dios.

A este propósito escribe San Dionisio Areopagita a su Timoteo: «Dedícate, mi querido Timoteo, a la contemplación mística con gran intensidad. A ella debes ordenar todos tus sentidos, tu inteligencia, todas las cosas suprasensibles, todas las cosas que existen y las que no existen. Esfuérzate por desconocerte a ti para que llegues a unirte a aquel que está sobre toda la substancia y sobre toda ciencia. Cuando te hayas desembarazado y desprendido de toda criatura, entonces será cuando vuelas y no pares hasta llegar a aquel rayo substancial de obscuridad, a aquella altura desconocida y lucidísima, a aquella obscuridad purísima que todo lo ilumina».

CAPITULO X

Elevación y transformación del alma en Dios

Es para ti una verdadera obligación llegar a conseguir este grado de unión con Dios, porque de El pendes como de un principio. Ya te he explicado cómo en el impenetrable abismo de la naturaleza divina el Padre engendra al Verbo, el cual, cuanto a la esencia, permanece siendo uno con el Padre; así como si del ser íntimo del hombre saliera una forma del todo semejante a él, la cual no cesase nunca de volver a su origen.

Esta generación del Verbo es el motivo, la razón completa de producir y crear todos los espíritus, todas las almas y todas las criaturas.

El espíritu supremo, que es Dios, al crear al hombre lo dignifica dándole una inteligencia hecha a su imagen y semejanza, e iluminándole con una luz divina, para que guiado por ella pueda volver a su Dios.

Pero resulta que la mayor parte de los hombres desprecian esta luz, envilecen la dignidad de su alma, oscurecen su divino parecido, se abandonan a los placeres pecaminosos del mundo. Y después viven absortos por los deleites de la carne y ansían constantemente y con ardor satisfacer los apetitos de los sentidos, hasta que les llega la hora de la muerte cuando menos lo piensan, y los trastorna, los reduce a polvo y los hace desaparecer.

Lo contrario sucede a los hombres verdaderamente sabios y prudentes, que nunca pierden de vista esta estrella radiante y divina de su alma, y sólo se desviven por lo que es su propio origen y principio, y renuncian para siempre a los placeres de los sentidos, a todas las criaturas mudables y pasajeras, y todo para unirse ardorosamente con la eterna verdad.

He aquí en breves palabras resumidos los grados por los cuales el alma ha de volver a la unión con su Dios que la ha creado; grábalas bien en tu corazón:

Debe empezar por purificarse de todos los vicios y despedirse generosamente de todos los placeres de mundo, para que así pueda encaminarse a Dios por medio de continuas y fervorosas oraciones, por su desprendimiento de todas las criaturas, y por medio de los ejercicios de piedad y mortificación que sujetan la carne al espíritu.

Debe luego ofrecerse voluntariamente y con gran decisión para todos los sufrimientos y penas sin cuento que puedan venirle de Dios o de las criaturas.

Después deberá grabar en su corazón la Pasión de Je-

sucristo crucificado, fijar en su espíritu la inmensa dulcedumbre de los preceptos del Evangelio, su profunda humildad, la pureza de su vida, para poder amarle e imitarle; pues sólo en compañía de Jesús se puede pasar adelante y llegar a la vida unitiva.

Para entrar en ella es de todo punto indispensable dar de mano a todas las ocupaciones exteriores, reconcentrarse en una silenciosa paz del espíritu, ponerse en manos de Dios de tal modo que esté totalmente y para siempre muerto a sí y a sus propios deseos, procurar por encima de todo y de todos el honor y honra de Jesús y de su Padre, y amar con un amor entrañable a todos los hombres: a los amigos y a los enemigos.

En este estado, el hombre que antes estaba ocupado en la vida activa, deja todas las ocupaciones exteriores para dedicarse al ejercicio interior de la contemplación, y así es como el espíritu va llegando poco a poco al abandono de sus facultades naturales, de su entendimiento y de su voluntad.

Luego empieza a sentir interiormente una seguridad sobrenatural y divina que lo conduce a un nuevo grado de perfección, en el cual su espíritu se ve ya libre de todo amor propio y de toda actividad natural de la inteligencia y de la voluntad.

Y así, descansada el alma del peso de sus imperfecciones, se ve sublimada por la gracia de Dios a una luz interior en la cual disfruta incesantemente de la abundancia de los consuelos divinos y aprende a conocer sabiamente y cumplir con prudencia suma cuanto piden el alma, la voluntad de Dios y su ley santa.

Entonces es cuando el espíritu va más allá del tiempo y más allá del espacio, arrebatado por una dulcísima y amorosa contemplación de Dios.

Pero aún no es éste el grado más elevado, puesto caso

que aún se distingue de Dios, y todavía conoce las cosas criadas en sí mismas y por naturalezas particulares.

El que sabe desprenderse de sí mismo y penetrar íntimamente en Dios, siente un divino arrebatamiento, no por sus propias fuerzas, sino a impulsos de una gracia superior que coloca a un espíritu creado en el espíritu increado de Dios y le regala con aquel éxtasis de San Pablo y de otros Santos de quienes habla San Bernardo. Ahora es cuando el alma ya no entiende de formas, ni de imágenes, ni de multiplicidad, pues está sumida en el olvido, en una verdadera ignorancia de sí misma y de todas las cosas criadas; y no ve, ni conoce, ni siente más que a Dios. Y sin ningún esfuerzo, sin ningún propósito, solamente atraída por Dios y unida con El por su gracia, vese ensalzada sobre sí y absorta y envuelta en el abismo de la divinidad, gozando de las delicias de la bienaventuranza.

Pero, ¡ay!, hermana mía; todas mis palabras no son más que figuras e imágenes que están lejos de manifestar lo que es esta unión sublime y misteriosa sobre toda comparación, como está lejos la claridad del mediodía de la obscuridad de la media noche.

**COLOQUIO
ESPIRITUAL
DE LAS NUEVE ROCAS**

LIBRO PRIMERO

VISION DEL MUNDO

INTRODUCCION

Ya mediaba la vida del bienaventurado Enrique, cuando Dios le inspiró que se reconcentrase en la soledad de su espíritu, para que mejor pudiese entender los secretos que la Divina Sabiduría había de comunicarle; era en Adviento.

Obedeció él gustoso al impulso del Espíritu Santo, y se retiró a la soledad de su alma, y allí derramó muchas lágrimas y muchas oraciones.

Estando en esta ocupación santa, imaginaciones diversas, raras, nuevas y espantosas invadían su mente sin cesar. Entonces Enrique lleno de turbación, preguntó a Jesucristo:

CAPITULO I

Visiones misteriosas

Enrique.— ¿Qué queréis revelarme, Señor, con estas

apariciones tan extrañas y tan raras? Sabéis muy bien que no deseo visiones ni imaginaciones, y que sólo anhelo veros a Vos. Obscureced, pues, Señor, los ojos de mis sentidos, para que no reparen en las criaturas, e iluminad los ojos de mi espíritu para que pueda libremente contemplaros a Vos. Sólo así mi alma vivirá en la alegría.

Y las imaginaciones se multiplicaban cada vez que él se esforzaba en ahuyentarlas, hasta que oyó la voz interior de Jesucristo que le decía:

Jesucristo.— ¿Cómo te rebelas contra estas imaginaciones. Súfrelas con paciencia, y sabe que han de persistir más de lo que tú quisieras.

Enrique.— ¡Jesús amabilísimo! No toméis a mal el que las resista; ya sabéis que no las desprecio, que no quiero otra cosa que lo que queráis Vos: pero moléstanme estas visiones porque no entiendo lo que con ellas queréis significarme.

CAPITULO II

Promesa de inteligencia

Jesucristo.— ¡Ah! sí. Representan misterios muy elevados que no tardarás en entender.

Enrique.— Es, Señor, que si estas visiones continúan, enfermaré, y me temo que no podré hacer penitencia. Ya siento que me están faltando las fuerzas porque estas imaginaciones trastornan y agotan todo mi ser.

Lo único que ahora entiendo, ¡Jesús mío! es que estáis airado contra los pobres pecadores. Siento por ellos una compasión muy grande, y desearía calmar vuestro enojo; pero a la vez comprendo mi pequeñez y mi indignidad.

Jesucristo.— Escribe, pues, cuanto vieres, para que los cristianos queden advertidos y se salven.

Enrique.— ¿Y de qué servirá, Señor, este trabajo? ¿Acaso los cristianos no tienen libros santos y buenos maestros? Todo cuanto se les diga es como el viento que pasa; no lo escucharán ni harán de ello caso alguno.

Jesucristo.— No digas eso; acuérdate de que Yo los amo tanto que, por una sola alma, gustosísimo me entregaría de nuevo a la muerte.

Cuanto vas a escribir se ordena solamente a la salvación de una persona, y es necesario que lo hagas, aunque para esto tuvieras que sufrir una muerte cruel.

Enrique.— ¡Ay, Jesús misericordiosísimo, libradme de este tormento!

Jesucristo.— Pero, ¿por qué?

Enrique.— Porque sé que disponéis de doctores y de sabios que podrían serviros mejor que yo. Yo no soy nada, ni sé hacer lo que pedís.

Jesucristo.— No serás tú el primero en mi Iglesia a quien he hecho merced de mis gracias de verdad y de elocuencia. Antes que a ti las he comunicado a muchos otros que no tenían tu habilidad ni tu talento. Confiesa tu pequeñez, pero comienza ya a escribir.

Enrique.— ¡Señor! No me obliguéis a escribir, que fuera de esto, dispuesto estoy a hacer cuanto os pluguiere. Perdonadme: me temo que me crearé muchas enemistades si escribo todas estas cosas.

Jesucristo.— Escribe fijándote solamente en honrar a Dios, y no te atribuyas nada a ti mismo. Si tus enemigos se ponen contra ti, toléralos como una prueba del cielo, como una cruz y procura sufrir esta persecución con más paciencia que todas las anteriores. Quien me sirve, nunca quiere vivir sin alguna cruz, y yo no lo abandono jamás.

Enrique.— No rehusó la cruz, ¡Señor!, pero tengo un

espíritu tan desfallecido y tan flaco, que no puedo escribir una sola letra.

CAPITULO III

Mandato riguroso de escribirlas

Jesucristo.— Aunque dudes de ti mismo, no debes nunca dudar de mí. Confía, pues, en mí y obedece.

Enrique.— Seguramente que los cristianos juzgarán como fábulas y mentiras las cosas que yo escribiere.

Jesucristo.— Puedes estar tranquilo. Eso me toca a mí. La experiencia mostrará la verdad de lo que escribas, y todo lo que yo te diga será muy conforme con la Sagrada Escritura y con las enseñanzas de la Iglesia.

¿Nunca has leído en el Antiguo Testamento y en el Nuevo de cuántas maneras favorece Dios a los que le son amigos? ¿Por qué no ha de hacerlo ahora según le pareciere? Escribe, escribe, y sabe que de cien años a esta parte no ha necesitado el Cristianismo tantos auxilios como ahora necesita, y que nunca los cristianos han estado en tan grande peligro de perecer como lo están ahora.

Enrique.— No me decido aún; mi espíritu está lleno de turbación. Me siento muy lleno de miserias y muy pequeño para una empresa tan grande. No me obliguéis, ¡Señor!

Jesucristo.— Castigaré tu resistencia como una desobediencia, si no viera que nace de tu humildad. Te mando en nombre de la Santísima Trinidad que por encima de todas las dificultades comiences a escribir.

Enrique.— Estoy a vuestro servicio. Soy un gusanillo de la tierra, indigno de figurar entre vuestras criaturas;

pero nadie podrá decir jamás quién sea el autor de estas páginas.

En nuestras conversaciones yo os llamo *amabilísimo, amadísimo, dulcísimo Señor*; decidme: ¿también en mis escritos podré trataros de igual suerte?

Jesucristo.— Si, muy bien. El amor intenso de los siervos de Dios, su dulce intimidad, comienza en esta vida y dura por toda la eternidad.

Cuando te acontezca escribir algo que no entiendas, ven a mí y yo te lo explicaré todo cumplidamente.

CAPITULO IV

Visión de la montaña

Durante once semanas consecutivas tuvieron lugar muchas entrevistas como la anterior, sin que el Bienaventurado pudiera comprender lo que iba escribiendo.

En sus frecuentes éxtasis mostrábale el Señor los grandes pecados del mundo.

Afligiase él grandemente, cayó varias veces enfermo por la pena que estas visiones le daban, y a tal extremo llegaron sus dolores interiores y exteriores, que estuvo a punto de morir. Por último le dijo el Señor:

—Toma la pluma y escribe. Abre los ojos de tu alma y mira dónde te encuentras.

El Bienaventurado se vió entonces en lo alto de una montaña gigantesca por su mole y por su elevación, en cuya cumbre había un mar dilatado de aguas profundísimas, puras y transparentes como el cristal, lleno de toda clase de peces, grandes y pequeños. El agua que formaba

este mar parecía elevar constantemente su nivel en toda su extensión.

Aquella montaña estaba poblada de rocas muy escarpadas, a través de las cuales caía torrencial y estrepitosamente el agua, que rebasaba del mar de la cumbre y no se detenía hasta llegar a un valle muy profundo.

Con el agua caían también muchos peces, reunidos en grupos muy numerosos, que se estrellaban contra las rocas.

Entonces vió él que los peces procedían del mar de la montaña, que a las veces se reunían en grandes grupos y luchaban unos contra otros y caían todos con el agua. Llegados a lo profundo del valle, seguían el curso de los ríos e iban a internarse en el mar.

Pero pudo observar que su número disminuía a medida que se iban alejando del agua de la montaña, porque constantemente, durante su camino, iban sucumbiendo en los anzuelos y en las redes de los pescadores, de tal modo, que sólo la mitad de ellos pudo llegar a la mar.

Luego, saliendo de nuevo de la mar, subían penosamente contra las corrientes de los ríos en busca otra vez del agua de la montaña. Pero las dificultades del camino y las redes de los pescadores hicieron sucumbir a tantos, que no pasarían de mil los que pudieron llegar a sus aguas primeras; y aun muchos de éstos que pudieron llegar a las rocas y al agua de su origen fueron arrastrados por el torrente que caía, y de este modo perecieron.

Mas como es condición del pez el hacer todo lo posible por volver a su principio, algunos, después de grandes esfuerzos y de grandes peligros de la vida superados en el camino, llegaron por fin al mar de la montaña. Y éstos recibían, por decirlo así, una nueva existencia desde el momento, en que entran en el mar de su nacimiento; disfruta de una felicidad perfecta, y se multiplicaban tan co-

piosamente que pronto volvieron a poblar la mar en inmensa multitud.

Y hay que notar que desde el momento de volver a su principio y origen cambiaron de nombre y de color.

CAPITULO V

Explicación de la visión

Enrique.— Dulcísimo Jesús: decidme qué queréis significarme con estas visiones de montañas, de rocas, de aguas y de peces.

Jesucristo.— Por ellas conocerás el peligro en que en estos tiempos vive la Iglesia; cómo los cristianos se dejan llevar miserablemente por todo género de vicios, y cuán pocos son los que vuelven a su principio y se salvan..

Enrique.— ¡Señor! Estoy lleno de espanto y de terror. Aquí está mi vida; atormentadme con los atroces dolores y con la más cruel de las muertes...; pero tened misericordia y compasión de vuestra Iglesia.

Jesucristo.— ¿De qué les ha de servir tu vida ni tu muerte, cuando hasta la mía es inútil?

Enrique.— Como vuestra muerte, Señor, es divina y todopoderosa, yo espero que serán muchos los que se salven.

Jesucristo.— Todos los cristianos lo creen, y, sin embargo, te aseguro que en este siglo se salvarán muy pocos.

Enrique.— Perdonad, Señor, la ignorancia de los cristianos; si los pobrecitos conociesen lo que es el pecado, seguramente que no lo cometerían.

Jesucristo.— ¡Vanas disculpas! Todo cristiano que tiene uso de razón conoce los preceptos de Dios y debe obser-

varlos. Con todo, han perdido el temor del Señor, y viven en oposición constante con su ley y con su Iglesia no solamente los ciegos e insensatos, sino también los que están llenos de deseos y viven con apariencias de virtud.

Enrique.— Es duro y terrible, Señor, lo que decís del escaso número de los que se salvan. Quitadme la vida, porque no puedo sufrir la pérdida de tantas almas, y cuando en ellas pienso me siento desfallecer y morir.

Jesucristo.— Es preciso que tu vida se conserve, y que lleves con resignación esta cruz. Abre los ojos del alma y repara en el lugar en que te hallas.

CAPITULO VI

Allá abajo en el valle

En aquel momento fue arrobado en éxtasis, y junto a la montaña altísima vió un valle profundísimo lleno de rocas de elevación muy desigual.

Seres exquisitamente delicados e increíblemente hermosos, descendían desde lo alto de la montaña a lo profundo del valle; pero en el punto mismo en que tocaban la tierra, se ponían negros como el carbón.

Comprendió que aquellos seres eran almas humanas que salían de las manos de Dios tan hermosas y tan puras, y contraían la fealdad y la mancha del pecado original en el punto mismo en que se unían a los cuerpos.

Enrique.— ¿Cómo, Señor, me hacéis ver estas almas tan feas, siendo así que todas ellas han sido purificadas con las aguas del Bautismo?

Jesucristo.— Es cierto; pero los hombres caen con harta frecuencia en el fango de los vicios.

Enrique.— ¿Y qué significan la montaña tan alta y las rocas tan escarpadas?

Jesucristo.— A ti te harán entender que el cielo no es para los perezosos, débiles y remisos y que sólo después de muchas fatigas muchos sudores, muchas victorias, y después de haber orillado muchos obstáculos, puede el hombre llegar a él.

¿No observas el desprecio con que se falta a las leyes de Dios y preceptos de la Iglesia, y cómo el pueblo cristiano está en estos tiempos completamente sumergido en el cieno del pecado?

CAPITULO VII

Visión de los pecados del mundo

Al llegar aquí describió el Señor los pecados principales del pueblo cristiano. De sus ojos brotaron entonces raudales de lágrimas amargas, al ver la suerte triste de tantos desgraciados. Y de tal modo afectaron su corazón las angustias que sentía que estuvo a punto de morir. Pero la virtud del cielo vino presto en su ayuda; y rechazas sus fuerzas, el Bienaventurado se derribó en tierra, tendiéndose en forma de cruz, y clamó al Señor:

Enrique.— ¡Dios mío, a la vez poderoso y amable, dulce y terrible!, oíd mi súplica. Aquí tenéis mi corazón y mi alma, y mi cuerpo. Todo os lo ofrezco por la salvación y la reforma de la Iglesia; quiero merecerla aunque sea padeciendo dolores crueles y una muerte horrible.

Jesucristo.— ¿De qué podrán valer tus dolores y tu muerte en favor de mi Iglesia, después que Yo mismo por ella derramé toda mi sangre y sufrí la muerte más terrible

e ignominiosa, sin que los hombres de ahora, en su generalidad, obtenga de ella el más mínimo provecho? ¿Quién hay que se acuerde hoy de mi Pasión y de mi Muerte, que no sea para burlarlas, despreciarlas y blasfemarlas?

Enrique.— ¡Jesús dulcísimo! ¡Ay!, que mi dolor es inmenso; pero no quiero desesperar. Os ofrezco vuestra propia muerte y os conjuro que perdonéis a vuestra Iglesia.

Jesucristo.— Pero, ¿cómo quieres que sufra tantos pecados? No puedo aguantar más. Es preciso que se manifieste mi justicia. ¿No ves la vida de los cristianos ajena a todo temor de Dios y sumida en toda disolución y en todos los vicios?

Enrique.— Con todo, yo confío, Señor, que muchos aún conservan para Vos un temor verdadero, santo y filial.

Jesucristo.— Quien teme a Dios no obra contra El. ¿No están pisoteando las leyes de la Religión todas las naciones del mundo? Repara en el clero, en el pueblo, y verás si encuentras quien me honre o quien viva santamente (1).

Los poderosos

Jesucristo.— Quiero hacerte ver ahora todo el fasto, la magnificencia y el orgullo de los emperadores, de los reyes, de los duques, de los príncipes, y de todos los poderosos del mundo, con todas sus vanidades y lujos inexcusables delante de Dios.

(1) En esta negra visión de los pecados del mundo omitimos intencionalmente las descripciones relativas a las jerarquías, oficios y estados eclesiásticos, porque, gracias a Dios, han pasado ya aquellos malos tiempos, y por otra parte su contenido no es de utilidad común al pueblo fiel al que estas páginas van dirigidas.— (Nota del Traductor).

Antiguamente los emperadores y los reyes recibían el poder de manos de Dios con una gran humildad, considerábanse como ministros suyos, servidores de Cristo, y a sus pies ponían su propio cuerpo, su alma, su poderío y todos sus tesoros. Su preocupación primera era conservar la paz y concordia en la Iglesia de Dios; y siempre que era preciso, arriesgaban su misma vida en el campo de batalla para defender y propagar la verdad.

Los duques, los príncipes, los condes, los barones, los marqueses, los caballeros y todos sus nobles vasallos seguían su ejemplo y sufrían gustosos todas las fatigas de la guerra en obsequio de la Fe. Y entonces la Iglesia gozaba de una paz inalterable.

Las reinas, las princesas y las grandes señoras, eran también graves, modestas y temerosas de Dios.

Hoy los poderosos no conocen cuál sea el camino de la virtud: se guían en todo por razones de Estado, por el orgullo, la ambición o el placer. Los ricos y los grandes viven como bestias, entregados a todos los vicios, sin conciencia y sin Dios. Nadie piensa en más que en oprimir al pobre y apoderarse de sus míseros haberes, insultando así a Dios, que es el padre y defensor de los que poco pueden.

Los patronos y comerciantes

Fíjate ahora en la vida que hacen los propietarios y los comerciantes, arrastrados por el deseo inmoderado del lucro y de tal modo cegados por la avaricia, que ni en el momento mismo de su muerte son capaces de desprenderse con el corazón de sus riquezas. Todo proviene de su ambición y de su orgullo, porque todos quieren ser más ricos que los otros, cuando sería mejor que cada uno se contentase con una ganancia módica, suficiente para

atender a sus necesidades, y luego descansar, retirarse de la vida de comercio para no verse arrastrados por la avaricia, y vivir los años que le queden una vida morigerada virtuosa, pacífica, tranquila y más conforme con la ley de Dios.

Pero es irresistible la sed del oro, y el corazón que llega a sentirla, con dificultad puede deshacerse de ella, sino que cuanto más posee más quiere poseer, y cada día está más intranquilo y más inquieto, y por lo mismo más privado de la gracia, puesto caso que Dios no quiere habitar en un corazón turbulento, atormentado y manchado por el amor al oro y a la plata escrito está que Dios escoge siempre por morada suya la paz de la conciencia tranquila.

Además, la muerte de los avaros está llena de peligros. Todos lo saben, pero no quieren pensarlo, porque el amor de las riquezas los ciega y el orgullo los desvanece.

Sueñan siempre con nivelarse por medio de las riquezas con los que son más grandes o más ricos que ellos, y se les endurece el corazón en todo lo que se refiere a Dios y a los pobres mientras que son espléndidos y aun pródigos en todo lo que sea crecerse ante los demás. Necesitan atormentarse día y noche y hacer imposibles para que sus riquezas aumenten y pueda mantenerse el lujo y boato de su casa.

Enrique.— Pero, Señor; dado caso que las riquezas son tan perjudiciales a los que las tienen y tan peligrosas para su salvación ¿por qué Vos se las concedéis?

Jesucristo.— La bondad de Dios es infinita y no puede dejar obra buena sin la recompensa que se merece. Cuando ve aun corazón ansioso de bienes temporales, satisface sus deseos y se los concede, premiando así algunas buenas obras naturales que habrá hecho durante su vida... ¡Desgraciados los que ponen su felicidad en los bienes de este mundo, porque se exponen a una infelicidad infinita y eterna!

Obreros y paisanos

El mundo ha corrompido también a los obreros, a los pobres paisanos, a muchos que vivían contentos en su condición humilde, con gran sencillez y con gran tranquilidad de espíritu. Ellos eran los que alegraban el corazón de Dios, y El los amaba y cuidaba como las niñas de sus ojos.

En estos tiempos ya son orgullosos, no quieren obedecer a sus superiores, defraudan y engañan al prójimo en sus contratos y faenas, están en constantes reyertas entre sí, piensan el mal, y gruñen porque no pueden cumplir sus malos pensamientos. Lo mismo sucede con los moradores de las aldeas: viven como las bestias que tienen en sus rebaños, con la más profunda ignorancia del Evangelio y sin ningún temor de Dios.

Las mujeres

Mira también a qué extremos han llegado las mujeres y cómo tampoco entre ellas tienen cabida la gloria de Dios y su santo temor.

El mundo está lleno de mujeres que han perdido toda vergüenza y son aún más desordenadas y más libres que los hombres. Ya comprenderás que no me refiero ahora a las mujeres honestas, piadosas y santas, sino a las que viven en el mundo perdiendo miserablemente el tiempo en conversaciones frívolas, en culpables diversiones y disipando su corazón y sus sentidos en vanidades fútiles. Son las que tienen su corazón puesto en las criaturas y piensan más en agradar a los hombres que en agradar a Dios.

Son cuevas de ladrones, monstruos del infierno. Dios las mira con horror, aunque por algún tiempo disimule sus pecados y no los castigue. Y ellas, entre tanto, quieren

pasar por señoras honestas, siendo así que son peores que las mismas mujeres pecadoras; porque al fin y al cabo éstas están siempre temerosas de condenarse, mientras que aquellas viven tan seguras y contentas en sus pecados y fealdades, olvidándose de que hay un Dios y de que tienen un alma.

Con sus adornos exquisitos, su andar, sus gestos, sus palabras, con sus miradas casi siempre impúdicas y deshonestas, provocan al pecado a los hombres mucho más que las mismas mujeres públicas, y dan al infierno una ganancia muy grande.

Cada día cometen muchos pecados mortales sin darse cuenta; ellas, con todo, creen lo contrario, y quedan admiradas cuando se les advierte. Pero lo cierto es que los jóvenes mundanos, al verlas hermosas y tan adornadas, arden e deseos malos, por los cuales se hacen culpables delante de Dios, aunque no puedan satisfacerlos. Y estas mujeres son sus cómplices, porque son las que los provocan con sus modales, con su desenvoltura y con sus miradas. Los que las encuentran en las calles, en las reuniones, en las iglesias, fácilmente sienten los ardores de la concupiscencia y fácilmente también caen en pecado; y las culpables de todo son esas desgraciadas, por más que ellas no quieran creerlo.

Cuando les llegue la hora de la muerte, el demonio les hará presente su orgullo, la vana complacencia de sí mismas, sus ligerezas pecaminosas y muchos pecados suyos con los que nunca soñaron, y las hará caer en la desesperación y después en la muerte eterna. ¿De qué les han de servir allá sus comuniones y el mismo Viático, si se acercan a la Santa Mesa sólo para despistar al mundo con apariencias?

En aquella hora no tienen presentes muchos de sus pecados, que jamás han conocido, y así me reciben en un corazón manchado y muerto. ¡Más les valiera en tal caso

recibir en su pecho a toda una legión de demonios que no a un Dios vivo y airado!

¡Desgraciados de los confesores que no advierten ni iluminan a estas desgraciadas!

Los casados

¿En qué errores también no viven los casados? Ellos han convertido la santidad del matrimonio en un verdadero desorden. Se aman como las bestias, sin razón, sin regla, sin objeto como si Dios hubiera instituido el matrimonio para saciar los apetitos desarreglados de la naturaleza corrompida, y no para que los casados vivieran en él con toda santidad y castidad, según las leyes que El mismo estableció.

¡Oh!, si los hombres se atuvieran a estas leyes, el matrimonio sería utilísimo para las almas y para los cuerpos; porque Dios no es enemigo de la naturaleza, toda vez que El la ha creado, y la conserva, y la ha hecho la más perfecta de todas las naturalezas. Pero los casados abusan del matrimonio y se debilitan y enferman.

CAPITULO VIII

La indignación divina

Te he hecho ver, Enrique, los pecados del mundo para que llores y gimas, y para que, inflamado por los ardores de la caridad ardiente y compasiva que atesora tu alma, ruegues al Señor con todo tu corazón por la Iglesia y por tantísimas almas como están en peligro de conde-

narse. Si Dios quisiera castigar al mundo como en tiempo de Noé, sería preciso que cada año repitiese el castigo. Pero quizás no tardes en ver los rayos de la cólera divina y las señales reveladoras de su furor.

Hace muchos años que el Señor, usando de su misericordia, viene avisando al mundo por medio de diversos castigos, guerras, pestilencias, etcétera; pero todo ha sido sin fruto; los hombres lo olvidan todo como si hiciera ya muchos siglos que pasó. La justicia de Dios permitirá que los cristianos se peleen y destruyan mutuamente en guerras sangrientas, porque el mundo está corrompido y no conoce el pecado como pecado.

El castigo se acerca. La muerte los sorprenderá y matará los cuerpos, que serán puestos en los sepulcros, y las almas, que perecerán en la desesperación. Los que se arrepientan a la hora del morir tendrán que sufrir en el Purgatorio, y Dios, a quien ellos ofendieron en tantas maneras, los tendrá abandonados hasta el día del juicio y hará que no se acuerden de ellos ni siquiera sus parientes y amigos, ni llegue a ellos el sufragio y consuelo de las oraciones de los vivos.

El juicio particular que cada alma sufre a la hora de la muerte es mucho más terrible de lo que creen los hombres, pues los demonios tienen mucha fuerza en aquel último instante estribando siempre en los pecados del hombre que muere.

Dios arruinó a los judíos por causa de su avaricia y de sus pecados secretos; y si quiere El también perder para siempre y exterminar a los cristianos por su olvido del Señor, por ingratos a sus beneficios, y sobre todo al gran beneficio de la Pasión de su Salvador, será necesario que derrame contra ellos todo el furor de su venganza, el rayo, el fuego, las guerras y la muerte.

Así está el mundo: corrompido todo, envuelto en un mar de lujuria, de orgullo, de avaricia de ambición, de

envidia, de odio, de pereza, de mala voluntad y de hipocresía. De todos estos pecados están llenos los reinos, las provincias, las ciudades, los castillos, las aldeas, los monasterios, los conventos; a toda clase de personas han alcanzado: a los seglares y a los eclesiásticos, a los sacerdotes y a los legos, a los ricos y a los pobres, a casi toda la Iglesia.

Los cristianos pueden temer mucho, no sea que la Justicia divina triunfe al fin de la misericordia, y Dios mande a sus fieles que cesen en sus oraciones fervorosas, que son las que sostienen el mundo, para poder vengar todos los ultrajes y pecados con que se escarnece a su Hijo unigénito.

Enrique.— Mi corazón va a estallar de dolor; parece que todos mis huesos se quebrantan, y pienso que voy a morir de pena. ¡Jesús misericordiosísimo: tened piedad de vuestra Iglesia!

LIBRO II

LAS NUEVE ROCAS

CAPITULO I

La visión

Cuando la horrorosa visión de los pecados del mundo hubo terminado, Dios regaló al Bienaventurado con otra visión mucho más agradable y consoladora.

Parecióle que estaba donde al principio: al pie de una montaña que se levantaba hasta las nubes del cielo, compuesta de nueve rocas distintas en su figura y en su magnitud.

De repente se encontró sobre la roca primera, que era la inferior, y que estaba, sin embargo, a la suficiente altura para que desde ella se viera todo el mundo. Desde allí pudo ver toda la redondez de la tierra cubierta por una extensísima red; y preguntó al Señor cómo aquella red se extendía sobre toda la tierra pero dejando al descubierto las rocas de la montaña, y el Señor le respondió:

Jesucristo.— Por medio de esta figura he querido representarte la esclavitud del mundo, y cómo el demonio lo tiene prendido en la red del mal. Si te hubiera hecho ver

los pecados en su realidad, sin imagen alguna, seguramente que esta visión te habría horrorizado y no la hubieras podido sufrir.

Has de saber que si la red no cubre también la montaña es porque los moradores de ella son temerosos de Dios y viven sin pecado mortal. Y repara bien en su número; que si los comparas con los cristianos que están debajo de la red del mal, hallarás que por cada cien hombres que viven en pecado mortal apenas hay uno que viva en la montaña exento de error y en gracia de Dios.

CAPITULO II

En la primera roca

Enrique.— ¿Por qué hay menos moradores en la roca inferior que en las rocas superiores?

Jesucristo.— Mira; los de la roca primera son los tibios y muelles, que no trabajan para ser cada día mejores. Se contentan con tener la buena voluntad de no pecar mortalmente, y así pasan la vida, sin ocurrírseles siquiera que pudieran hacer mucho más.

Enrique.— Observo, Señor, que esos están muy próximos a las redes del mundo, y que deben vivir con mucho peligro. ¿Se salvarán o se condenarán?

Jesucristo.— Si aciertan a morir sin pecado mortal, se salvarán pero esto es más difícil de lo que ellos creen, puesto que piensan que se puede a la vez obedecer a Dios y a la naturaleza; y con tales disposiciones difícil, por no decir imposible, es perseverar en la gracia y amistad de Dios. Con todo, si perseveran, se salvarán.

Les espera, sin embargo, un purgatorio horroroso,